

## Cecilia Gárgano (comp.). *Ciencia y dictadura: trayectorias, agendas de investigación y políticas represivas en Argentina*

*Inta Ediciones, 2015.*

por Pablo Souza<sup>1</sup>

Inta Ediciones, a través de su colección Institucional, nos ofrece la publicación del presente libro compilado por la doctora Cecilia Gárgano, joven y sólida investigadora del centro de estudios de historia de la ciencia y la técnica “José Babini”, de la Escuela de Humanidades (EH) de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Ciencia y dictadura es el tema de investigación axial de la presente obra, así pues valdrá la pena detenerse un instante en él, sondear su propia historia tanto local como internacional como parte del contexto en que se inscriben las herramientas hacia donde deciden orientar su búsqueda la compiladora y los autores.

En el plano local es una preocupación colectiva sobre un tema largamente anhelado desde mediados de los años noventa, por varios investigadores e investigadoras locales que percibían el enorme (e injusto) vacío existente. Consecuencia de tal preocupación es el trabajo de Cristina Mantegari y Diego Hurtado que rescató la historia de la violenta intervención sufrida por la UBA en 1966 a manos de la dictadura de Onganía, conocida como *Noche de los Bastones Largos*, devenida en un documental de similar nombre que fue pilar en la conformación del espacio educativo Canal Encuentro. Por su parte a nivel internacional los estudios interesados por las relaciones entre distintos poderes dictatoriales y los usos de la ciencia, la tecnología y la medicina, forman un repositorio bibliográfico imponente, de escasa circulación en lengua castellana. Acaso uno de los indispensables –su plus de merito radica en contar con una buena traducción– es el texto de Loren Graham titulado *El fantasma del Ingeniero Ejecutado* que muestra en un relato –contundente como pocos– la tensión existente entre el formidable esfuerzo de industrialización impuesto por los planes quinquenales del estalinismo y, por su parte el trato inhumano y brutal extendido por la “ingeniería soviética” hacia el conjunto de trabajadores empleados en las megalómanas construcciones del régimen, entre otras la mayor central hidroeléctrica de su época ubicada en el río Dniéper, la planta siderúrgica de la ciudad de Magnitogorsk y el canal del Mar Blanco. La ingeniería soviética promocionada como una de las bases intelectuales de esas obras, fue denunciada por el protagonista del libro –Peter Palchinsky– como una brutal avanzada sobre las vidas de los trabajadores, denuncia que lo puso frente a las conocidas

---

<sup>1</sup> Profesor de historia (FCH-UNICEN); Magister en política y gestión de la ciencia y la tecnología (EP – FCE – UBA); doctor en historia (FFyL-UBA) Docente e investigador del centro de estudios de historia de la ciencia y la técnica “José Babini”; adjunto a cargo de la cátedra de historia social de la ciencia, la técnica y la medicina EH-UNSAM/FCE-UBA.

purgas estalinistas, acusado de ser el cabecilla de un supuesto “partido industrial” alzado contra el régimen. Sin duda no es el único; se insistirá en que la lista bibliográfica es amplia e incluye verdaderos clásicos en la materia, como el libro de Mark Walker publicado en 1995 sobre el proyecto atómico nazi, titulado *Nazi Science. Myth, truth and the German atomic bomb*, o también el de Alexei Kojevnikov, publicado en el año 2005, titulado *Stalin’s Great Science. The Time and Adventure of Soviet Physicists*, ambos interesados en las complejas relaciones sostenidas por sus respectivos regímenes dictatoriales y la física de su época. En simétrica línea de análisis cabe mencionar el libro publicado en 1983 por Paul Weindling titulado *Health, Race and German politics between national Unification and Nazism 1870–1945*. Cuyo período final aborda las complejas relaciones existentes entre las comunidades médicas alemanas y el ascenso del nacional socialismo, al punto de transformarse en intérpretes intelectuales de la doctrina racial nazi.

De nuevo en suelo local, bien señala la compiladora en la introducción temática que el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional”, había sido explorada en forma prolífica, y por ello mismo afloró la sensación (la necesidad) de explorar nuevos rumbos. Con ello la posibilidad de abrir nuevas y fértiles agendas de investigación era (y aún es) una convicción profunda. Las relaciones entre las comunidades científicas, tecnológicas y médicas y la dictadura de 1976 figuran entre esos nuevos rumbos.

Los dos primeros textos realizan muestran resultados asociados respecto de los sucesos implicados en la vida de una institución insignia de la ciencia local, como fue (y es) el Conicet. Adriana Feld y Laura García exploran temas solidarios entre sí, y cuya lectura conjunta permite apreciar un aspecto no menor de las relaciones entre instituciones científicas bajo el régimen militar.

Según la primera autora Conicet llegó a los años de plomo tensado por la coexistencia de grupos antagónicos formados durante los últimos años de vida de Bernardo Houssay, referente máximo de la institución hasta su muerte en Setiembre de 1971. Esos grupos se identificaron como los grupos católicos y de izquierda, dicotomía que reflejaba a su vez la tensión entre tendencias ideológicas conservadoras y progresistas dentro del peronismo, desde el ascenso de Campora hasta Marzo de 1976. En tal sentido la llegada de Oscar Ivanissevich al Ministerio de Educación y Cultura una vez fallecido Juan Domingo Perón, preanunció el triunfo de los sectores católicos que aportarían el plantel de ministros hasta la recuperación democrática en 1983. En este contexto, las universidades nacionales y el propio Conicet fueron sometidos a intensas prácticas represivas, que implicaron cesantía, desvinculación y luego migración de personal científico y técnico. Sin embargo –sostiene Feld– hubo diferencias en el destino de ambas instituciones. A diferencia de las universidades, Conicet tuvo una expansión de su presupuesto, así como también de la cantidad de institutos en que aquel se ejecutaba. En tal sentido es importante mencionar la ejecución de un préstamo extendido por el BID en 1979, signado por la discrecionalidad en la aplicación de los fondos, que benefició a los directores de institutos.

Por su parte Laura García rescata buena parte de estos tópicos, haciendo foco a través de la revista *Sociológica. Revista Argentina de Ciencias Sociales*, editada con

subsidios de Conicet durante los años 1978 a 1984. Dicha revista representó al denominado Centro de Ciencias Sociales, ambos espacios dirigidos por Roberto José Brie, doctor en filosofía y sociólogo de estrechos vínculos con la Sociedad Tomista Argentina y diversas corrientes de pensamiento nacionalistas y católicas. Brie representa el paradigma del miembro de Conicet que asciende en meteórica carrera dentro de la institución hasta ocupar una banca en el Directorio. Su perfil ideológico abrió las puertas necesarias ejemplificando en su biografía los datos de contexto señalados por Adriana Feld como parte de la dinámica institucional. Entre otros 1) La discrecionalidad en el manejo de los fondos de investigación, 2) La dinámica de creación de institutos sin mayores controles, 3) La dirección de los mismos a manos de investigadores cercanos al catolicismo y enfrentados a la “infiltración marxista” a las universidades y en el complejo entramado institucional.

Similar delimitación de trayectorias ocurre con el tercer y cuarto capítulo, a cargo de Ana Fernández Larcher y Ana Spivak L´Hoste. Ambas autoras estudian la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA), en especial las tensiones existentes entre las interpretaciones oficiales –o también las más extendidas– y los recuerdos personales de investigadores y personal adscripto –“nativos” según nos enseña el particular lenguaje etnográfico– que ponen en tensión tales versiones. Los trabajos de ambas investigadoras completan un breve y potente arco temporal de poco más de una década, signada –igual que Conicet– por un crecimiento presupuestario y al mismo tiempo vaivenes políticos contundentes, que pusieron en jaque la estabilidad de las trayectorias que había desarrollado la institución desde su fundación en 1950 por Juan Domingo Perón a través del decreto 10.936/50.

Ana Fernández Larcher hace foco sobre los años 1973 a 1976, en un trabajo que combina el uso de métodos etnográficos y el registro de fuentes primarias, tras la pista de las experiencias políticas realizadas por el personal de la institución en dichos años, y en estrecha relación sobre el problema de la memoria y el olvido de dichas experiencias. La autora muestra en su texto la existencia de una intensa experiencia de politización, ejemplificada en el funcionamiento del Concejo Coordinador –el COCO– ramificadas en un número de veinte mesas de trabajo que nuclearon a más de doscientos cincuenta miembros, que debatieron la completa vida de la institución. Desde el papel de las burocracias en la CNEA, a la crítica del “desarrollismo” por ideología lábil y poco consecuente con la autonomía económica y nuclear, sin olvidarse de la política nuclear a seguir para cortar lazos de dependencia tecnológica con los países centrales, las mesas de trabajos del COCO, fueron un espacio de discusión del plan atómico puesto en marcha por el inventor Pedro Iraolagoitía a pocos días de asumido el gobierno de Héctor Cámpora. Plan nuclear que será depurado de su impronta democratizadora y social –la tan denostada retórica popular – y retomado a pie juntillas luego de marzo de 1976, en los tiempos de la controvertida intervención de Carlos Castro Madero.

Intervención, controversia y período que aborda Ana Spivak L´Hoste en el cuarto capítulo del presente libro. La autora busca hacer foco sobre la tensión interpretativa y valorativa que atraviesa la historia de la CNEA durante la dictadura, con el fin explícito –al igual que en anteriores trabajos de su autoría– de problematizar una mirada en exceso optimista sobre los éxitos de la institución durante los siete

años del proceso de reorganización nacional. Mirada presente en antiguos miembros de la institución, en prensa oficial y prensa diaria, en documentos públicos, en artículos de divulgación, en trabajos de otros investigadores que han estudiado la energía atómica local. En el apartado titulado controversia y dictadura la autora hace foco sobre tres ejes de discusión: 1) El incremento del presupuesto de la CNEA, 2) El papel de los proyectos en marcha a la llegada de la dictadura y 3) Los efectos del terrorismo de estado en la CNEA. Los presupuestos se multiplicaron en forma exponencial y si bien ese dato es valorado positivamente en varios relatos sobre el período, la autora señala las dificultades que esto trajo dado que la mayor capacidad para adquirir bienes y servicios en el mercado internacional, implicó el desmantelamiento de la red de proveedores locales. Seguidamente, afronta el problema de los proyectos en marcha en CNEA durante los años previos al golpe. Al respecto se ha valorizado en forma positiva la cristalización de obras de envergadura como la central atómica Candu, Atucha II, la fabricación de combustibles para reactores, la creación de la empresa INVAP, entre otras. Las voces rescatadas por la autora señalan “la desestabilización” de las lógicas de trabajo previas, que implicó la llegada de esos proyectos de la mano de los recursos florecientes. Por último a la hora de afrontar los efectos del terrorismo de estado, la autora tensiona la figura de la protección, concedida a la figura del interventor Carlos Castro Madero. Invocado como protector por muchos de los relatos que hablan del período, convivió con miembros desaparecidos, cesanteados, prescindidos, con lógicas institucionales de premios y castigos, y con el fomento de un clima de delación.

El quinto capítulo está a cargo de Victoria Castro quien aborda el estudio de la construcción de una planta modelo experimental de agua pesada, llevada adelante por el Instituto para el Desarrollo Tecnológico de la Industria Química (INTEC) fundado en 1975 y el Instituto de Desarrollo y Diseño Ingeniería Argentina (INGAR) creado en 1980 a partir de la anterior institución. Como parte del intento de la CNEA de avanzar en el refinamiento de uranio natural, se planteó la necesidad a inicios de los años setenta de construir una planta de agua pesada, uno de los moderadores y refrigerantes clásicos usados en las empresas atómicas, desde el proyecto Manhattan en adelante. Obtener agua pesada es uno de los tantos obstáculos a sortear en la conquista de la autonomía tecnológica en materia nuclear, y tal obstáculo se abordó en plena dictadura militar, a través del desarrollo del proyecto de una planta modelo que fue abordado por ambos institutos dependientes de la Universidad del Litoral y en ella de un potente equipo de ingeniería química cuyo padrino científico fue el doctor Alberto Cassano. La tensión trabajada por la autora hace foco en el curioso destino de la planta experimental; una vez finalizada la misma –y confirmadas las refinadas pericias académicas del grupo que la construyó– es dejada de lado, para pasar a comprar una Planta Industrial de Agua Pesada (PIAP) llave en mano a la firma Suiza *Sultzer Brother*, actual proveedora de agua pesada para las tres centrales nucleares locales.

El sexto capítulo está a cargo de Gabriel Matharan y Oscar Vallejos y discuten en términos frontales la imagen clásica de la relación entre la dictadura y las universidades, a través del caso del Departamento de Hidrología General y Aplicada (DHGyA) de la Universidad Nacional del Litoral, entre los años 1970 y 1983. En

líneas generales los autores muestran una institución en expansión, y beneficiada con un financiamiento generoso, que contrasta con la imagen de universidades intervenidas, desfinanciadas y descalabradas en su funcionamiento cotidiano. De gran interés es el hecho de tomar una institución que atraviesa las dos últimas dictaduras, abordadas por los autores desde el clásico concepto de Estado Burocrático Autoritario (EBA) propuesto por Guillermo O'Donnell. En tal sentido los trece años estudiados del Departamento de Hidrología permiten aproximarse a las relaciones –identificadas como claves para la región– que dichas juntas militares tuvieron con los recursos hídricos de la Cuenca del Plata, y en especial con los recursos intelectuales destinados a abordar el estudio de la cuenca. Los problemas asociados a las inundaciones y a la provisión de agua potable en la región, fueron las causas que llevaron a la fundación de Departamento como parte de la reorganización de la Universidad del Litoral. Reorganización y fundación tomadas por los autores como parte del impulso modernizador y autoritario propio de las conducciones políticas de la época. Tal marca de origen, se traducirá en una agenda de investigación “despolitizada” y atenta solo a la “eficiencia técnica” de la producción intelectual. El Departamento de Hidrología se posicionó como productor de informes técnicos para gobiernos autoritarios, necesitados de respuestas a problemas acuciantes, además de su actividad académica clásica. Y este posicionamiento fue el que le ganó un nicho de visibilidad y en estrecha relación, una fuente de financiamiento segura.

Cierra el libro un artículo de la compiladora que focaliza sobre la intervención militar en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), como parte de una agenda abordada en sus investigaciones doctorales, sobre las relaciones entre tecnología agropecuaria y dictadura. De los siete textos incluidos es el que aborda con mayor énfasis y precisión el problema de la intervención represiva en una institución de la relevancia que INTA posee en el abanico de instituciones científicas y tecnológicas locales. En tal sentido nos muestra el quiebre que sufre la agenda de trabajo de la institución, afectada desde un inicio por el encarcelamiento, la cesantía del personal y en especial, la desaparición de personas. La fatídica intervención a la sede Castelar el 29 de marzo de 1976 es descrita por la autora con precisión y detalles, igual que la escalada de cesantías y persecución ideológica –la caza de brujas rojas– que le siguió a ese hito represivo, haciendo gala de una riqueza de fuentes primarias pocas veces vista. Pero acaso uno de los mayores logros del trabajo –logro alcanzado ya en trabajos previos y en su tesis doctoral– es el de asociar en forma estrecha el relato sobre las prácticas represivas al cambio en la agenda de trabajo de INTA. Con la escalada represiva vino el cierre de la Escuela de Graduados en Ciencias Agropecuarias, la transformación de la agenda de estudios de economía agraria y sociología rural que abandonó el estudio de actores sociales y estructurales para focalizarse en problemas de costo y administración. El área de fitomejoramiento vegetal presenció el creciente traspaso de recursos propios al ámbito privado, relegándose al INTA al lugar de facilitador de materiales genéticos y proveedor de investigaciones técnicas sobre variedades poco atractivas para el sector privado. Punto de capital importancia sobre el que hace foco la autora es el dramático cambio en el papel del extensionista rural, tema central en la agenda

de vinculación de las distintas estaciones experimentales con sus regiones. De ser considerado “el médico clínico local” en materia rural, o también el “agrónomo de terreno”, derivó hacia una asesoría técnica destinada a los grandes terratenientes interesados en intensificar la productividad de sus tierras.

El lector podrá apreciar en la obra un conjunto de trabajos que dan pistas –fuentes, preguntas, problemas y perspectivas– para empezar el arduo trabajo histórico de abordar las relaciones entre ciencias y dictaduras en suelo local, temas que lejos están de cerrarse o agotarse como campos de investigación. A pesar del deseo –manifiesto en nuestros días– expresado por varios ministros, periodistas e historiadores de turno (y de derechas) de reconciliar a la sociedad con la obediencia debida, y de impulsar una poco sutil aritmética en el conteo de desaparecidos, los archivos que nos hablan de las prácticas represivas en el complejo científico y tecnológico local aún esperan a los profesionales interesados en explorarlos, interesados también en buscar –a través de esos procesos– claves para entender algunos de los rasgos de nuestro régimen de producción de saberes.